

| FIRMAS EN ABC |

ALFONSO SORIANO BENÍTEZ DE LUGO

CIEN AÑOS DE LA PRIMERA VISITA REGIA A CANARIAS

... *Aquella visita del Rey señaló para el Archipiélago canario una nueva época...*

NINGÚN Rey de España estuvo en las antiguas colonias españolas en América. Habría que esperar a Don Juan de Borbón, Conde de Barcelona, y su hijo el Rey Juan Carlos I, para que la visita tuviese lugar. Incluso las Islas Canarias tuvieron que aguardar hasta principios del siglo XX para recibir a un Rey de España. Efectivamente, se cumple próximamente un siglo de la primera visita regia a las Islas, en que Don Alfonso XIII permaneció en todas ellas por espacio de once días, desde el 26 de marzo al 5 de abril de 1906, con veinte años de edad y dos meses antes de contraer matrimonio con la Reina Victoria Eugenia. Fue todo un acontecimiento del que aún hay memoria.

El viaje se lleva a cabo cuando sólo habían transcurrido ocho años de la pérdida de Cuba con la consiguiente repercusión en toda España; agudizándose en Canarias algunas tensiones independentistas y llegándose a temer la invasión del Archipiélago por los Estados Unidos de Norteamérica, lo que obliga a fortificar las defensas de las Islas. Fue entonces cuando el Gobierno liberal de don Segismundo Moret aconseja al Rey la visita al Archipiélago, cuya población era de alrededor de 350.000 habitantes, frente a los actuales más de dos millones.

El viaje real se inicia en Cádiz el día 24 de marzo en el vapor «Alfonso XII» de la Compañía Trasatlántica, que el marqués de Comillas se encargó de restaurar y acomodar para la ocasión, escoltado por varias unidades de la Armada y del yate «Giralda» donde viajaba parte del séquito del monarca y la representación de la prensa. Acompañaban al Rey su hermana la Infanta M^a Teresa y su esposo, Don Fernando M^a de Baviera, junto con un nutrido séquito palatino. También el ministro de la Guerra, don Agustín Luque, y el de Marina, don Víctor M^a Concas, así como el conde de Romanones, en aquel momento

ministro de la Gobernación, que llevaba como secretario a don Niceto Alcalá Zamora, entonces de 28 años de edad y que sería presidente de la segunda República española. Aunque en sus *Memorias* don Niceto no hace mención alguna a este viaje, algunos han aventurado que su animadversión contra Don Alfonso XIII se iniciaría en esta ocasión, al no haberle distinguido el Rey sentándolo en su mesa durante la travesía. La representación de la prensa la encabezaba el marqués de Valdeiglesias, director de «La Época».

La primera Isla visitada fue Tenerife —ya que Santa Cruz era todavía la capital de la única provincia de Canarias— y en ella permaneció por espacio de cuatro días, visitando La Laguna y el Valle de la Orotava, en medio del entusiasmo popular. Como dice el conde de Romanones en «*Notas de Una Vida (1901-1912)*» en todos los pueblos visitados el ceremonial era el mismo: recepción en la Casa Consistorial y *Te Deum* en la iglesia. En La Laguna visitó el santuario de su Cristo, imagen muy venerada desde la conquista de la Isla, de cuya esclavitud fue nombrado Hermano Mayor Perpetuo, a lo que correspondió el Monarca concediéndole el título de Real. En el Puerto de la Cruz fue homenajead por la colonia británica, pionera del turismo en las Islas, ante su próxima boda con la princesa Victoria Eugenia y en La Orotava se alfombraron las calles con flores y una muchedumbre acompañó al Monarca en su paseo a pie por las calles de la Villa.

El Rey y la comitiva quedaron gratamente impresionados de las bellezas naturales de los pueblos visitados, hasta el punto de que el conde de Romanones escribió que «*quien no haya estado en La Laguna y en La Orotava, en el Puerto de la Cruz, ignora cual es el más bello rincón de España*». En Santa Cruz de Tenerife, entre otros muchos actos, juras de banderas y banquetes, puso la primera

pedra del previsto monumento al ilustre militar y político tinerfeño, don Leopoldo O'Donnell, I duque de Tetuán, lugar que durante años fue conocido por la «*pedra del Rey*», ya que nunca se llegó a erigir.

Desde Tenerife estaba previsto que el Rey marchara a la Isla de La Palma, pero el mal estado del mar obligó al «Alfonso XII», a cambiar de rumbo buscando refugio en el seguro recinto del Puerto de la Luz en Gran Canaria, donde esperaban la llegada del Rey tres días después, por lo que hubo que improvisar el recibimiento. En Las Palmas el Rey se alojó en el Palacio Episcopal, único lugar en las Islas donde el Rey se hospedó en tierra, que fue habilitado especialmente para la ocasión, ya que en las demás Islas lo hizo en el «Alfonso XII». En Las Palmas asistió también el Rey a numerosos homenajes. El conde de Romanones lo resumiría así: «*La capital del departamento oriental demostró al monarca igual o mayor entusiasmo que Tenerife, por la competencia siempre viva entre las dos ciudades rivales. Se celebraron espléndidas fiestas; la batalla de flores fue incomparable. Recorrimos pintorescos pueblos y hermosos paisajes y asistimos a numerosos banquetes*».

Visitó el día 3 de abril Santa Cruz de La Palma, donde los actos se deslucieron a causa de la lluvia. El Rey presenció una *pelea de gallos* y fue obsequiado, así como los Infantes, con cajas de puros y pañuelos de seda bordados. Don Alfonso visitó el cuartel y cuando se iniciaba en el patio la revista de las tropas, descargó uno de los aguaceros más fuertes de aquél día. Todos los acompañantes del Rey se pusieron a resguardo de la lluvia, pero el Monarca, al percatarse de que los soldados estaban calados hasta los huesos, avanzó por el patio sin impermeable y pasó revista a las tropas. Lo llamativo fue que el Rey no tuvo prisa en regresar a bordo para cambiarse de ropa.

Desde La Palma, Don Alfonso visitó al día siguiente El Hierro y La Gomera, islas cuya pobreza impresionó vivamente al Rey. No tenían entonces ni tan siquiera un embarcadero, por lo que el desembarco se hizo con dificultades y hasta con peligro. El conde de Ro-

manones tuvo que hacerlo a hombros del alcalde de la capital, hecho que contemplado por el ministro de Marina, le valió a don Álvaro la concesión de la Gran Cruz del Mérito Naval. «*Recibí, satisfecho, tal honor —cuenta Romanones— seguro de que, a no pocos, se le había otorgado con menos motivos*».

En la mañana del 5 de abril el Rey llegaba a Fuerteventura, donde, aparte del consabido *Te Deum* en la iglesia parroquial y la recepción en el Ayuntamiento, presenció una cabalgata de camellos enjaezados y fue obsequiado con una camella de dos años que fue transportada en uno de los barcos, así como la Isla de Lanzarote, última etapa del viaje regio, donde montó en camello a galope, obligando a los demás acompañantes a seguirle, por lo que más de uno cayó al suelo. A propósito de la visita a estas dos últimas Islas relata Romanones que «en Fuerteventura probé la locomoción menos cómoda de cuantas he conocido: la de caminar en camello. Y en esta Isla, como en Lanzarote, nos dimos cuenta de lo que es vivir en el desierto de arena y sufrir las angustias de la falta de agua, muchas veces, incluso, para beber».

A las diecisiete horas del 5 de abril, el «Alfonso XII» y demás buques zarparían con rumbo a Cádiz, poniendo fin a la primera visita regia a las Islas Canarias, que contribuyó de forma decisiva a reforzar los vínculos de Canarias con España y la Corona. Como resumen del viaje, Romanones hace el siguiente comentario: «He visitado todas las regiones de España; en ninguna he recogido la impresión de amor a la Patria más hondo y sincero que en el Archipiélago Canario. Por doquiera fue Don Alfonso objeto de entusiasta recibimiento, no sólo por ser Rey, sino por llevar la más genuina representación de España».

A su regreso a Madrid el conde de Romanones, como ministro de la Gobernación, redactó una Memoria —probablemente con la colaboración de Alcalá Zamora— que elevó al Consejo de Ministros, documento al que se dio publicidad en la *Gaceta de Madrid* por Real Orden de 16 de abril de 1906, que disponía también su remisión a todos los centros gubernativos, «para que, sin pérdida de tiempo, se preparen las medidas que pongan remedio a los males que en ella se señalan y a las deficiencias que existen en los diferentes servicios». Romanones concluye su relato así: «Aquella visita del Rey señaló para el Archipiélago canario una nueva época; las Islas Afortunadas, que habían estado muy olvidadas de los Gobiernos, fueron desde entonces objeto de su atención; bien lo merecen, pues, no obstante la distancia a que se hallan de la metrópoli y de la cuantía de los intereses extranjeros, especialmente ingleses, allí constituidos, su amor a la patria continúa inquebrantable. El extranjero allí no echa raíces».

El Rey, por su parte, agradeció las atenciones recibidas otorgando el título de Real a varias instituciones canarias y el tratamiento de Excelencia a algunos Ayuntamientos, así como nombrando, con motivo de su cumpleaños, por Real Decreto de 17 de mayo de 1906, a un total de doce canarios de relevancia social en la época Gentilshombres de Cámara con ejercicio. El acontecimiento bien se merece que las autoridades regionales lo recuerden con la solemnidad debida, invitando a la Familia Real a fin de rendir un tributo de recuerdo y agradecimiento al Rey Don Alfonso XIII, abuelo de nuestro actual Monarca. Una exposición con todos los recuerdos de la visita que aún se conservan y fotografías de la época podría ser muy oportuna.

SANTIAGO TENA ESCRITOR

LO QUE SIENTES AHORA

Yo explicando que el orgullo de mi rareza está en pensar que los demás están todos equivocados y que yo tengo razón, y la cosa es que no ando lejos en eso de la verdad: cuánta gente adapta sus puntos de vista a lo que más se dice y a lo que más se oye, a lo más fácil, y en esto yo también pecho: mis ideas más radicales no me atrevo ni a escribirlas aquí ni a decirlas en voz alta, y sin embargo sé que si hay un Dios, está de acuerdo con todas ellas, y sé que es anarquista como

yo, y sé que no cree en el sistema ni en las leyes humanas, ni en la mal llamada moral cristiana, y sé que me sigue a todas partes, y sé que sus ángeles se enamoran, y no solo sus ángeles, de los que como yo sabemos que la realidad es solo apariencia y que toda opinión que tome como presupuesto la existencia de la realidad material es una opinión equivocada.

Y esto de que la realidad no existe no es que lo diga yo: lo decía ayer un documental sobre el budismo tibetano, y en esto

Dios es budista, igual que es cristiano en el ama a tus enemigos y musulmán en la fe en una vida de carne y hueso más allá de la muerte, niño en la creencia en una realidad que los adultos rechazan, pues Dios sabe que las hadas, los ángeles otra vez, los fantasmas pero no malos, los magos, las brujas, los duendes, los deliciosos vampiros, el viejo conciliasueños, Santa Claus y los Reyes Magos existen, por más que los adultos hayamos decidido crecer olvidando nuestra sabiduría infantil, y Dios sabe que tú estás leyendo esto y escuchándome, y que el querernos como nos queremos por escrito es mil veces más mágico y real que el algún día conocernos en persona y descubrir que nunca nos hemos querido. La realidad es esta: la que sientes ahora.